

Teo Rodríguez Martín

POSOS DE HARINA



LETRAS DE AUTOR

© Teodoro Rodríguez Martín
© Letras de Autor
Teléfono: 91 151 16 14
info@letrasdeautor.com
www.letrasdeautor.com

Maquetación editorial: Georgia Delena
Diseño de cubierta: Sara García

Primera edición: agosto 2017

ISBN: 978-84-17101-56-5
Depósito Legal: M-xxx
P.V.P.: 12 € (con IVA)

La reproducción total o parcial de este libro no autorizada vulnera derechos reservados. Cualquier utilización debe ser preferentemente concertada.

Impreso en España - UNIÓN EUROPEA

*Un mundo propio, una mirada personal,
una forma de decir.*

Frase leída y adoptada como escritor.

ÍNDICE

A modo de prólogo	9
El día de las Candelas	11
Zurdo contrariado	23
¿Fría o caliente?.....	33
Hay que tener una novia.....	43
Trabas y trucos	55
¿Me ajuntáis?	67
Por matar una cigüeña	77
El Ingreso.....	93
Gelete	103
Mal en Conducta	111
Camino y encuentro	119
No nos dejes caer en la tentación	129
Olga, la adorable.....	139
El test	149
Disco de primera sesión.....	161
Don Honorato	171

A modo de prólogo

Son varios los escritores que, en términos más o menos parecidos, han venido a decir que la infancia es la *patria* de todos. Yo diría, además, que la infancia es el *edén* del que invariablemente somos expulsados.

Yo pasé mi niñez en un molino inabarcable, solitario, atravesado por una corriente de agua y envuelto por su murmullo al precipitarse compuertas abajo, en un paraje bucólico de árboles, praderas y huertas. Se puede decir que hizo las veces de un segundo útero materno del que parece que tampoco quería salir.

El *Molino* es de forma explícita, o a veces sólo insinuada, el hilo conductor de los *relatos* que aquí se presentan. Es el *paraíso* que el *niño protagonista* se resiste a perder (al igual que la niña de la anterior saga de molineros). Es la burbuja que le aísla de un ámbito turbio y soterrado, el pueblo, que aunque tiene la ventaja de que todos se conocen y se ayudan, también es el espacio donde mandan la naturaleza cruda y los instintos más primarios.

Estos relatos son el periplo por el que transita este pequeño protagonista, empujado a comunicarse con el mundo circundante. La entrada en la escuela le obligará a aprender de inmediato las claves de la convivencia con los demás niños, a la vez que le va

a introducir poco a poco en conductas brutales y en historias sólo insinuadas pero que gravitan sobre los habitantes del pueblo.

También será arrancado de este ambiente y de los suyos, para recalar en la ciudad próxima donde no le quedará más remedio que emprender un nuevo aprendizaje: el del colegio de frailes, la adolescencia y la aproximación al otro sexo.

Y finalmente asumirá el salto definitivo a la Capital, de estudiante universitario, lo que le va a alejar irremediabilmente de ese primigenio *paraíso terrenal*.

El día de Las Candelas

1

No sé por qué razón mis primeras imágenes del Molino están relacionadas con el invierno. Estamos las tres en la cocina, sentadas lo más cerca posible de la chapa. Abrimos la portezuela del horno y, por turnos —había que contar con mi hermana pequeña que imitaba todo lo que hacíamos mamá y yo—, metemos los pies dentro para calentarlos. Nos han salido sabañones por hacer eso. La luz de la bombilla es amarillenta y mortecina. En la pared, en un estante, la radio se pasa las horas muertas emitiendo música clásica. Es domingo porque mamá escucha, a las nueve, las charlas religiosas que da el Padre Venancio Marcos. O quizá es otro. No recuerdo bien. A veces mezclo nombres y épocas que no se corresponden. Mi hermana y yo jugamos a la oca pero nos enfadamos pronto porque ella es una tramposa y le da rabia perder. Nos ponemos a dibujar cada una en su cuaderno.

Entre mis primeros recuerdos de niña están ya presentes las discusiones de mis padres. Las riñas entre papá y mamá empiezan de la misma manera y tienen siempre un mismo motivo: el día que, a media tarde, después de su siesta, papá anuncia que tiene que salir.

—Tengo que ir a León —y empieza a llenar la palangana de agua caliente de la caldera de la cocina y a quitarse la ropa de cintura hacia arriba hasta quedarse solo con la camiseta.

Mi madre deja de inmediato lo que está haciendo y mira hacia él, implorante. Mi padre, envuelto en los vapores del agua que salen del fondo del fregadero, inicia su aseo sin aparente preocupación, a su aire, como si estuviera todo dicho.

—¿A qué? —pregunta mi madre, después de un rato de quedarse con la mirada fija en los movimientos de él, esperando la respuesta que nunca le va a dar.

—¿A qué va a ser?... Tengo que buscar clientes para una harina que lleva ahí sin vender. —Papá contesta deprisa y entre dientes, como si estuviera rezando jaculatorias.

—Tú vas a lo mismo de siempre... Pero no te atreves a decir la verdad, —oigo decir a mamá sin levantar la voz, con esa ira concentrada que nunca le llega a explotar.

—Yo te digo lo que te tengo que decir. Luego, tú puedes creer lo que quieras... Tengo un negocio que atender —dice papá como si estuviera resignado a explicar una vez más lo evidente.

—Acabarás perdiéndolo todo y un día alguien va a venir a echarnos de esta casa —oigo a mi madre, la voz entrecortada y ya al borde de las lágrimas.

—Pero, mujer, qué cosas se te ocurren... ¿por qué tienes que ponerte así por un rato de distracción? ¿Cuándo he dejado yo de atender mis obligaciones? —oigo a papá exasperado como si hablara con una loca.

—Ni siquiera tienes compasión de tus hijas. No vayas. Ya que yo no te importo, al menos hazlo por ellas.

Lo ha dicho balbuceante, entre lágrimas. Pero él ya no contesta. Sube a vestirse, baja y atraviesa la cocina sin mirarnos, como si no estuviéramos. Sale al portal, coge la bicicleta y se va. Entonces mamá rompe en sollozos y yo no sé lo que pasa, aunque intuyo algo malo, siniestro. Pero lo que no puedo es soportar su desgracia. Me abrazo a ella y lloramos juntas y la hermanita nos pregunta que porqué papá se marcha y no nos hace caso.

Las mujeres del pueblo le llaman a mamá “la señorita” y nos tildan de raras y extravagantes. Todo porque mamá no se quiere mezclar con ellas y lleva una vida diferente. Le echan en cara que tenga una criada que viene a ayudarnos. A veces se inventan cosas como que tiramos la comida que sobra a la presa. Incluso se corrió por ahí el infundio de que almorzamos pollo todos los domingos y tiramos presa abajo lo que no se consume en la hora del almuerzo; que mamá no sabe coser y tira la ropa sin un remiendo; que gasta en potingues para ponerse guapa; que con ese derroche vamos a llevar el Molino a la ruina. Con papá, que también tiene criado, se llevan todos bien y se gastan bromas, pero no le critican. Quizá sea porque su familia era de esta aldea y él se crió aquí.

Subimos las tres juntas a dormir y yo me acuesto en mi cama fría que caldea un leño de encina calentado en el horno. Tardo en dormirme. Escucho ruidos por dentro y fuera de la casa. Cruje el tillaje entarimado del piso como si hubiera duendes que pululan por la noche, corren las ratas por el desván encima del techo de escayola, chirrían los murciélagos en sus nidos que rellenan los huecos de las vigas. Afuera, silba el viento contra los aleros del tejado y se oye el aleteo de las lechuzas sobre la chimenea. El perro ladra inquieto y recorre a la carrera el camino frente a la fachada de la casa en busca de invisibles merodeadores. Me duermo en

compañía de fantasmas negros, como los nazarenos de las procesiones, que parecen pregonar malos augurios. En el sueño, me tapo los oídos pero los sigo escuchando, siempre la misma letanía.

Papá regresa en la mañana del día siguiente. Alguna vez viene contento. Un día nos enseñó un reloj con leontina de oro y dijo que lo había ganado. Otras veces llega serio y como muy cansado. No tiene ganas de hablar y sube directamente a cambiarse de ropa para meterse en el Molino. Aquilino, aquel criado borrachín, ya lleva un buen rato moliendo. Al poco tiempo pasan cosas extrañas que yo creo que tienen que ver con las salidas de papá. Recuerdo a unos señores de León que llegaron con una furgoneta y se la llevaron cargada de sacos de harina. Otra vez se cargaron la fruta y las nueces del cuarto donde se maduran y se secan. Papá decía que lo había vendido. Un día llegó uno del pueblo, saludó muy cumplidor y dijo que venía a por una vaca. Salieron de la cuadra con la Bonita y se la dejó llevar. Así, por las buenas. Sin hacer cuentas.

Pero el recuerdo que tengo más fielmente grabado en la memoria es el día de la fiesta de las Candelas del año que tuvimos que dejar el Molino. Ese año iba a hacer la Primera Comuni3n en mayo y en el invierno asistíamos a la catequesis. Todo un cúmulo de premoniciones se conjuró para que ocurriera la desgracia que cambi3n nuestras vidas. M3s que recuerdos de hechos coherentes, son im3genes como fognazos de acontecimientos sin una clara conexi3n. Cuento lo que yo viví y lo que despu3s me contaron que pas3 en el pueblo.

La víspera, por la tarde, empez3 a nevar. A la vez que oscurecía, el horizonte se volvía blanco. Afuera, hacía mucho frío. Las compuertas estaban abiertas y el agua se precipitaba a las

entrañas del Molino, inundando el ambiente con un ruido sordo y continuo. Nos refugiamos en la cocina que era el único lugar cálido de la casa. Mamá retiró con el gancho la tapa de hierro del hogar y echó dos paletadas de carbón al fuego. Luego abrió el tiro de la chimenea hasta atrás. Pregunté por papá.

—Está con los de la cofradía, velando a la Virgen —dijo mi madre con aparente despreocupación—. Hasta las doce de la noche. ¡Con el tiempo que hace, andando por ahí a esas horas!—dijo como si pensara en voz alta.

Mi madre se fue a su mecedora, en un rincón, pegada a la lumbre, para seguir tejiendo un jersey de punto. Mi hermana y yo estábamos sentadas en el escaño. Ella se estaba durmiendo sobre la mesa mientras yo dibujaba monstruos en el cuaderno de la escuela. Mi madre se levantó y separó un poco el visillo de la ventana: seguía nevando. El tiempo pasaba muy despacio. Nos despertó el ruido de pasos a la carrera y el portón de la calle que se abría a toda prisa. Era papá que entró en la cocina con el rostro demudado. La luz macilenta de la bombilla aumentaba su palidez. Aseguraba que un rumor como de pasos ligeros le había seguido en el camino y que una vez que se volvió, pudo divisar entre los copos de nieve un par de ascuas brillantes que le escudriñaban.

En la mañana del día de Las Candelas, la fiesta mayor del pueblo, nos preparamos para ir a la Misa. El Molino estaba un poco alejado de la aldea, solitario, en medio del campo. Mi madre, que venía de la ciudad, nos decía a mi hermana y a mí —como siempre, lo mismo servía para las dos— que nos íbamos a criar asilvestradas en aquel lugar y que, luego, no sabríamos comportarnos entre la gente de la sociedad. Pero entonces lo que más me gustaba de aquel caserón enorme y enigmático era que estaba perdido

en el medio de la naturaleza y nos permitía vivir a nuestro libre albedrío.

Nada más salir de casa adiviné que aquél no iba a ser un día normal. Sobrecogía el ambiente gélido y petrificado. El suelo estaba inmaculadamente blanco, no había huellas; los chopos y los negrillos, desnudos y cubiertos de una escarcha blanca y brillante; carámbanos de hielo pendían de los aleros del tejado; la superficie del agua de la presa parecía un cristal azulado. Todo estaba congelado y quieto. De camino a la Iglesia fuimos encontrando cadáveres yertos de lechuzas y avefrías como un rastro de muerte que uniera el pueblo con nuestra casa del Molino de la Casería, como le decían allí.

El interior de la Iglesia aparecía neblinoso, envuelto en una bruma que era más densa en la zona del altar. El vaho de tantos cuerpos, el humo de hachones y velas y el continuo vaivén que el mayordomo daba al incensario desdibujaba los contornos del retablo y del altar. La Virgen aparecía como velada, incluso el cura parecía difuminado en el bulto de sus ropajes. Desde el púlpito habló, como siempre, del demonio y advirtió que tentar a la fortuna era el camino más fácil para perderlo todo. Yo no entendí qué quería decir, pero lo decía muy en serio y apuntaba al coro donde estaban los hombres.

Ya afuera, en el atrio, papá hizo un aparte con unos señores bien vestidos que no eran del pueblo. Tampoco habían entrado en la iglesia. Debía de ser algo importante porque cuchicheaban para que nadie más se enterase. No me hacían ninguna gracia aquellos amigos. Tenían algo de secreto y malvado: miraban de reojo, como si no se fiaran de nadie; su risa era callada y esquivada, como una mueca recelosa.

De vuelta al Molino, todo permanecía igual: el cielo gris, cerrado; el horizonte blanco, confundiendo el valle con las colinas; y esa quietud...

Nevaba cuando mi padre, después de comer, se puso su abrigo y se colocó el sombrero. Dijo que tenía un compromiso en el pueblo. Mamá se inquietó y trató de disuadirle con el mal tiempo y el frío, pero él no quiso entrar en razones y cortó la intrusión exclamando indignado que si también un día como aquél tenía que importunarle.

Aquella tarde oscureció inusualmente pronto. A las cinco, era noche cerrada. La nieve caía silenciosa e invisible. Como era frecuente en los momentos más crudos del invierno, los lobos, desesperados por el hambre y el frío, bajaron del monte y empezaron a merodear por el pueblo. Se dice que durante algo así como una hora, un tiempo que parecía que no se iba a acabar, se escuchó un ruido terrible de carreras, peleas salvajes, ladridos y aullidos. La manada de lobos fue aniquilando, uno tras otro, a todos los perros que salían a su paso para hacerles frente, hasta que se adueñaron por completo de las calles del pueblo.

Nadie se aventuraba a salir. La jauría, feroz y despiadada, patrullaba arriba y abajo, ansiosa, en busca de un corral que pudiera ser asaltado. Los hombres, mayores y mozos, se habían concentrado en la cantina. Las mesas estaban ocupadas por vecinos que jugaban a la brisca y al dominó. En un cuarto, apartados y a la luz de candiles de aceite, envueltos en un aire denso y viciado por el humo, seis parroquianos jugaban al julepe. Uno de ellos era mi padre. Parece que tenía una mala racha y estaba muy pálido. Había un montón de dinero sobre el tapete verde. Los lobos entraron en un corral de las afueras del pueblo, hicieron una escabechina de

ovejas y se llevaron los corderitos, más tiernos y livianos, arrastrándolos con sus fauces. Los mozos habían estado bebiendo y cantando, de pie en la barra, para olvidarse del baile suspendido. Luego, con ese arrojo típico de la juventud, fueron los primeros en salir a la calle con candiles y linternas.

Como a las once de la noche, oímos pasos y murmullo de voces que se acercaban, hasta que por la ventana de la cocina distinguimos el resplandor de una linterna. Mi hermana dormía sobre los almohadones del escaño y mamá, en su rincón, pegada a la cocina, hacía punto una hora tras otra cada vez más deprisa. Yo quería estar junto a ella y me puse a mecerla suavemente. Mamá levantó la cabeza de la costura y aguzó el oído. “A ver si es papá”, dijo expectante. Sonaron unos golpes en la puerta de la calle y alguien voceó: “¡Señora!... ¿Están bien? Ha estado merodeando por el pueblo una manada de lobos. ¿Necesitan alguna cosa?” Mamá salió al portal y abrió la puerta. Eran los mozos. Nos dijeron que no se nos ocurriera salir y volvieron a repetir si necesitábamos algo y ella respondió que no y preguntó por papá. Dijeron que estaba jugando una partida con unos amigos y que nos enviaba el mensaje de que llegaría tarde, que nos acostáramos y que no esperásemos por él. Mamá volvió a la cocina haciendo esfuerzos por ahogar el llanto pero, cuando se sentó en su mecedora, escondió su cara en las manos y rompió a llorar. Yo no sabía bien qué estaba pasando. Sólo recuerdo que miré a mi hermana dormida y tuve la certeza de que estábamos abandonadas y solas.

2

Ese dos de Febrero, mi padre perdió definitivamente el Molino por deudas acumuladas en el juego. Él se fue a residir a otra provincia, donde nadie lo conocía. Nosotras fuimos a vivir a León, a la casa de los abuelos. El Molino pasó por manos de gente desaprensiva que no era del oficio. Trataban mal a los clientes que terminaron por irse a moler a otros molinos del contorno. Pocos años después se comentó en casa que el que fue nuestro Molino lo acabó comprando una familia de molineros de la ribera del Condado, que llevaban en renta otro en las cercanías al que le llamaban el Molino de la Roma.

Yo fantaseaba con la idea de recuperar nuestro Molino cuando fuera mayor. Tenía grabados aquellos primeros años de mi infancia como si hubiesen transcurrido en el paraíso terrenal de Adán y Eva. Era una ilusión que quizá nunca se iba a cumplir, pero que me espoleaba a estar al tanto, esperando una oportunidad que creía firmemente que llegaría, aunque durante mucho tiempo habría sido en vano no sólo por ser una locura, sino también por falta de posibles.

Porque, para mí, aquélla no sería la única salida forzada de mi entorno vital. Como consecuencia del alzamiento militar y la guerra civil del 36 —llevaba unos pocos años de casada—, después de rodar por el país, tuve que exiliarme a Francia con mi marido, entonces un joven diplomático de la República. Desde allí me mantuve informada por mi hermana de los avatares del que fue nuestro primer hogar. Ella, de esa época, apenas recordaba las carreras por la tarima subida a la carretilla, o a nuestro padre, como un ogro forzado con la boina y la careta caladas, cargando sacos a la espalda, o los eructos de Aquilino